

# EL MADRILEÑO,

SEMANARIO

## DE LITERATURA, ARTES, CIENCIAS Y NOTICIAS.

REVISTA DE LA SEMANA.

ALBUM DE EL MADRILEÑO

SUMARIO.

Cosas del tiempo. — El Circo de Price. — Teatros.



A semana que ha finalizado nos ha obsequiado con las lluvias hermosas de primavera.

La temperatura ha sido delicioso efecto de las reacciones del agua mansa.

Bastante falta nos hace, ahora que el sol, cada vez mas perpendicular sobre nuestro horizonte, nos abrasa á la perfección.

Son terribles los detalles que traen de provincias algunos de nuestros colegas sobre las tormentas que han descargado en algunos territorios.

Por fortuna no hay que lamentar aquí ninguno de esos estragos que tantos males causan á la agricultura.

No parece sino que atravesamos unos tiempos á propósito en alto grado para las tormentas: el mundo entero se halla conmóvido por una borrasca, que no sabemos en que vendrá á parar.

En el vecino reino de Portugal hay turbulencias profundas: la Italia está ensangrentada aun con sus guerras infestinas y con sus rapsodias lugubres: en Méjico se inicia tambien una epopeya de sangre: en Francia germina sordamente un descontento ostensible: y en nuestra patria no se presenta el cariz muy despejado. ¿A dónde iremos á parar?

Esperamos el resultado de los acontecimientos con una ansiedad indefinible, haciendo votos por que triunfen siempre las causas de la razon y del derecho: si bien la guerra, este oficio de bárbaros como decía Napoleon I, no es por lo general la mejor arma de la razon.

Ahora que la primavera se ostenta en la plenitud de su magnificencia, los paseos matritenses se hallan constantemente favorecidos por una sociedad brillante.

El Relico abre sus puertas todas las mañanas á los habitantes de esta colmena, y acuden allí á respirar los dulces

aromas de las lilas y de las rosas con la avidez que es consiguiente; sus obreros vuelan á las flores como á las flores.

El Botánico franquea las suyas por la tarde. Uno y otro ofrecen perspectivas encantadoras en determinados momentos, especialmente cuando el amor los hace centro de sus misteriosos secretos.

Los diletantis, los dandy, todas las troupe de Macias afortunados de caballeros, de ese Luzbel femenino que se llama mujer, se replegan hacia la sombra de los profusos árboles para saborear con sus dulcemas esos coloquios adorables del amor que ofrecen de deliciosas devoradoras, especialmente en primavera, estación fecunda del año en que todo germina proaligiosamente.

El Relico y el Botánico en ciertas horas son dos edificaciones hermosas del jardín de Armida.

Allí acuden temprano esas almas desterradas que se asfixian en esta cárcel nauseabunda, donde todo se marchita, y todo se agosta.

Es un espectáculo encantador que recomendamos á todos los seres que tengan un temperamento británico.

El Circo de Price ha abierto sus puertas para dar espectáculos ecuestres durante la temporada de verano.

El miércoles último inauguró sus trabajos la compañía, favorecida por una concurrencia brillantísima.

Los artistas, segun parece, por la primera representación nada dejan que desear á los aficionados á esta clase de deliciosos espectáculos, la mayor parte de ellos son conocidos del público madrileño que los ha recibidos con muestras de apreciable galantería.

Estamos seguros de que el Circo de Price será favorecido todas las noches por un concurso numeroso.

Passa de dos mil las solicitudes que se han dirigido al ayuntamiento pidiendo terrenos para levantar casas: se quejan los esponentes de lo mucho que se detiene la corporación en hacer las concesiones, y del retraso que sufren los expedientes.

¿En qué consiste esto? Ignora acaso el ayuntamiento la penuria que existe en la poblacion sobre la cuestion de casas? Ignora que la necesidad de nueva construcción es apremiante hasta el extremo?

Deseáramos que la corporación municipal se fijara con detenimiento sobre esta cuestion importante y la diera preferencia sobre todas.

Apenas podemos hablar ya de teatros: en Novedades sigue dando funciones un prestidigitador y una compañía de perros sábios.

En el *Príncipe* continúa actuando la compañía italiana á cuyo frente se halla la señora Santoni: no nos ocupamos de sus trabajos porque no han ofrecido novedad alguna de importancia.

El actor Sr. Romea ha dirigido á *La Iberia* una comunicación para vindicarse de ciertos cargos que la prensa le había hecho sobre la dirección del teatro de Variedades.

*La Iberia* ha contestado al Sr. Romea con notable dignidad, con grande inteligencia del asunto y con una imparcialidad soberana.

¿Qué objeto sería el del Sr. Romea al trazar ese comunicado que como *La Iberia* dice muy bien, es un manto de cordero, á propósito para lucirse en domingo?

Si nos fuera permitido hacer uso de una palabra que escribió en un comunicado desde Londres el Sr. Mora cuando se discutía en la prensa la cuestión de los 150,000 cargos de piedra, diríamos que el Sr. Romea ha dado también una pitada.

Esto es doblemente sensible tratándose de un consumado actor, de un viejo actor como el Sr. Romea.

Prescindiendo de la cuestión de la retirada del proverbio del Sr. Santisteban, cuestión que resuelve el señor Romea de una manera que inspira pena, y repasando con detenimiento la carta de méritos de que hace alarde este inspirado actor, vemos por la forma en que está redactada cuanto se paga el Sr. Romea de ciertas puerilidades que á nada conducen y que ponen sobradamente de relieve cuán bien sabe ejercer la soberanía despótica en los asuntos del teatro.

Para el Sr. Romea apenas existe el mérito en el autor: representarle á uno una obra de grandes condiciones artísticas es hacerle una gracia especial, según se deja entender por las frases del Sr. Romea, es decir, el trabajo de un autor no se aprecia por lo que en sí vale, sino por el favor supremo de ser admitido en el repertorio de un empresario: el autor no se labra su reputación por el mérito de sus trabajos; esta reputación la concede el actor.

Toda esta doctrina y mucho más se desprende del comunicado del Sr. Romea.

Este afortunado actor se figura sin duda que en este mundo la ciencia y la gloria se reasumen en interpretar el *Sullivan*, que los grandes géneos que han derramado tantas luces sobre la humanidad en la esfera del progreso; son mezquinos pígameos al lado de un actor que interpreta mejor ó peor una obra de puro recreo, y finalmente, que los autores del *Tartuffa*, del *Si de las niñas* y de *El Tanto por ciento* no hubieran brillado en el mundo del arte sin la protección de algún director de escena ó empresario.

El Sr. Romea se equivoca: el actor no hace al autor: éste es quien le forma, quien levanta su poca ó su mucha gloria. ¿Qué sería el Sr. Romea sino hubiera tenido obras que representar?

El actor no puede decidir de la gloria del autor porque su influencia no pasa de algunas noches: las obras del autor pasan de la escena á la prensa y la prensa las trasmite á la sociedad que es quien juzga y quien concede esa gloria por el valor intrínseco de las creaciones del géneo; no por la interpretación de una comparsa.

¿Qué quiere decir el Sr. Romea con aquellas frases hinchadas en que nos da cuenta de que hizo la obra primera del Sr. Santisteban y que le proporcionó el primer triunfo?

Quiere decir que la obra valía la pena y que el público la aceptó porque era buena: sino quisiera decir esto ó el público sería un imbécil ó el Sr. Romea tendría el poder de hacerlo lo malo bueno, cosa que se resiste á las fuerzas humanas.

Lo que sucede en España con los actores es una cosa ridícula y repugnante á la vez: tenemos una ley orgánica de teatros que ha regularizado bastante todo lo que atañe á la escena; pero ¿cuándo podrán concluir radicalmente esa muchedumbre de leyes de bastidores que en tan mal lugar colocan al teatro Español?

El Sr. Romea no ha contestado á ninguno de los cargos que se proponía contestar: no ha dicho por que no ha estrenado más que seis ú ocho obras: no ha dado la razón de por qué no ha puesto en escena más que aquellas obras del repertorio que le pertenece por haber comprado la propiedad cuando se daban tres onzas por una buena comedia: interin no conteste á esto no logrará sincerarse para con la opinión pública, pues que no basta decir con frases huecas que se ama el arte, y se respeta á los autores, es preciso acreditarlo con hechos: lo demás es una palabrería.

LEANDRO ANGEL BERRERO.

## SECCION CIENTIFICA.

### ESTUDIOS MORALES Y POLITICOS.

#### EDUCACION ACTUAL DE LA MUJER Y SU INSUFICIENCIA.

Un jóven sigue siempre su primera senda sin que la deje ni aun en la vejez.

Proverbio XXII, 6.

Supuesto que concedemos á la mujer un poder universal para la educación moral del hombre, demosla aptitud conveniente, habilitemosla: levantemos un poder soberano cuyas funciones jamás se paralicen por la ignorancia: formemos en una palabra mujeres que sepan educar.

Dos grandes extremos se ofrecen á nuestra consideración: dos grandes aberraciones de los sistemas modernos que igualmente inhabilitan á la mujer para su ministerio futuro.

La mujer de ciudad es víctima de una educación exhuberante y viciosa; la mujer de la aldea es esclava de su absoluta ignorancia: la una con su imaginación estraviada, con su vanidad, con su pedantería, jamás columbra su misión: la otra por un reflejo constante de barbarie apenas siente, apenas da en alma señales de existencia. En efecto, ¿cómo educamos á las niñas en la ciudad? De una manera extravagante, con el romanticismo, con esa miscelánea patológica de conocimientos, con esa enciclopedia diluviense que nada ilustra ni nada fecunda el corazón; música, baile, pintura, declamación, lenguas, moral, geografía, historia, tutti capantoso que atierra á los espíritus más fuertes: todo lo que puede realizar á una artista, á una mujer coqueta, á una molle de salón, nada de lo que puede formar una buena madre.

Respecto á las niñas de las aldeas basta considerar que son el punto más remoto del polo opuesto: allí no hay educación: no hay temor de que el vicio las devore entre sus infames

garras; pero en cambio ved que condicion tan misera las de esas pobres mujeres que solo se casan para ser tratadas como bestias de carga, para gemir eternamente bajo la presión de un sistema torpe y brutal hasta el exceso.

Nos quejamos con frecuencia del sistema antiguo de educar á la mujer, de la rigidez paternal que les prescribía secamente á las niñas una clausura semi-monástica, el aprendizaje de algunas devociones, y la parte más integrante de una buena economía doméstica; cierto, era un sistema rudimentario que pecaba por defecto; pero ¿qué ventajas ostensibles nos producen nuestros modernos sistemas?

La autoridad antigua al menos era un preservativo contra la depravación; pero el romanticismo actual es una puerilidad adorable que produce bellas víctimas.

Y no tenemos motivo para quejarnos de los poderes legislativos, que con la reforma de instrucción pública, con el sistema de educación mixta han dado un paso considerable hacia el progreso, ineficaz todavía por causas accidentales que en otro lugar explanaremos: hoy nos quejamos del atraso de nuestra sociedad que riñe culto á novedades perniciosas, á costumbres nocivas implantadas por la codicia del especulador público, que hasta en la educación ha formado un arma para llenar sus arcas: que apela al empirismo para deslumbrar y burlar nuestras esperanzas.

¿Qué sacan las niñas de esas casas—pension de tono cuyo programa seductor fascina á tanto padre incauto? No diremos por cierto que el ánimo de sus excelentes directoras sea el causar perjuicios á la familia; pero el mal está en que le causan sin querer, tal vez sin conciencia de ello; porque el programa que á ellas ha servido y que pretenden popularizar, es un sistema ineficaz para la educación de la mujer, es una ordenanza estéril que no puede dar un bello resultado, porque traspasa la misión futura de las niñas.

En efecto, recorred nuestros colegios de pensionadas; analizad á la mujer naciente que encontráis allí? Una flor exuberante que hace gala de marchitarse inspirada por un sentimiento estrafalario y romántico: sus eridias en las ideas, y deseos mal dormidos de lujo y de vanidad en el corazón; principios de hipocresía encantadora, galantería desenvuelta, veleidad, volubilidad en los movimientos y en el arte maestro de producirse con una alocución de efecto, pudor ficticio, moral prendida con alfileres que hasta la inteligencia sin fecundar el alma, fervor religioso sin frutos para el sentimiento, total la nada, la miseria la vanilocuencia, la vanidad absoluta readida á merced del transeunte, una criatura hermosa y desgraciada en cuya frente estampará el mundo un privilegio de lágrimas, un alma desterrada alma sublime y miserable condenada á helarse entre los vendajes de una borrasca eterna, ¿cómo se ha verificado esto? sencillamente: carece de la inspiración santa y bendita de su madre, y la educación se despojó de sus encantos, de su más bello carácter: la acción de la directora no se armonizó con la de la madre, violó las leyes de la naturaleza alternando su curso pacífico, y el milagro de la educación se ha perdido, perdido porque en el colegio se adopta una marcha opuesta á la del hogar, por que el magisterio no ha continuado la obra de la madre.

Ignoramos seguramente á qué conduce ese programa monstruo de los colegios-pensionados tratándose de formar una futura madre de familia. Tranquilícense las directoras impresionables: no vamos á quejarnos de que las niñas lean y escriban, aprendan labores de adorno, amen la bello y lo infinito, en una palabra adquieran lo que distingue la racionalidad del idiotismo: nos quejamos de que pierdan un tiempo precioso en el aprendi-

zaje de ese *lull*, de esa superchería que á nada conduce más que á escapar la santa misión de la mujer. Pedimos lo útil y condenamos lo vicioso.

¿Que supone el resultado brillante del examen público de la casa-pension? Para nosotros una comedia mezquina; para los ilusos lo que tengan por conveniente. El examen no es otra cosa que el alarde de vanidad de la directora y la pensionada: es la función de una máquina organizada en la que vaciaron maquinalmente música, pintura, idiomas y geografía; esa corona que ciñes á tu frente, pobre niña, tendrá para tí espinas sangrientas; serás literata, serás artista; pero tras de ese triunfo que te alhaga, existe un mundo que te llama al hogar de la familia, y allí no se necesitan notabilidades coreográficas y declamatorias, se necesitan simplemente madres.

Nosotros ahondamos algo más para buscar el resultado del colegio. Un examen es una pueril exhibición que si para algo sirve es para fomentar una pésima inclinación de la mujer, el orgullo: el resultado del colegio le vemos palmario en esa juventud que así que arroja el uniforme de ordenanza para implantarse en el mundo, se entrega ávidamente á sus falsos placeres sus tristes vanaglorias, sin una luz para resistir las tentaciones, sin fuerza ni energía para hacer frente al vicio que acecha y devora. Así, nada más frecuente en sociedad, que los fúnebres escarmentos de esos astros de maravillosa hermosura escapados del colegio, estrellas errantes que en el astro aparente de su vida empezaron á deslumbrar y atraídas por la fuerza centípetra de un cometa estérminador, cayeron de su altura con el descenso del aerolito.

Asistid al debut de una de esas artistas liliputienses que ejecutan entre aplausos su primera salida en el teatro del mundo, y estamos seguros de que al instante tendréis idea de la codorniz sencilla que no columbra las redes: sus instintos nacientes tomarán amplio vuelo entre el incentivo de la ovación: mil aves de rapiña divisarán á la inocente presa, y es muy probable, que aquella enciclopedia viviente, aquella literata en miniatura, no pueda evitar una vida futura de lágrimas á pesar de sus decantados conocimientos.

Pero si así no fuera, nos quedaria simplemente una mujer de salón y no de hogar: habil par lucirse en una tertulia chispeante, pero no para ser la égida de la familia; nos quedaria un ideal fantasmagórico, pegado á sus sensiblerías calculadas, un tipo indefinible adherido á su lujo y á sus devociones, una mujer de melodrama con su repertorio de efectos teatrales y portentosas lágrimas; una mujer en fin que de todo entenderia, de literatura, política, baile declamación, menos de los útiles y sencillos oficios domésticos, que abren tesoros de riqueza á la familia, y que constituyen la única, la mejor ciencia de la madre.

Madrid 24 mayo de 1862.

(Se continuará.)

LEANDRO ANGEL HERRERO.

## ¿TENGO BUEN GUSTO?

Me gusta en una noche deliciosa  
 Cuando la luna brilla,  
 Ver como á sus destellos, veleidoso  
 Se destaca en su forma vagarosa  
 Del mar cabe la orilla,  
 Alta roca que do quier presente  
 Su marmóreo costado,  
 Y alzando enaiesta su gigante frente,

Se pierda entre la bruma donde ostente  
Su aspecto descarnado.

Me gusta la pradera

De flores tapizada,

Y el aura que fligera

Las roba en su carrera

Su esencia perfumada.

Me gusta ver un río caudaloso

Que en impulso veloz siempre creciente,

Forma miles cascadas, y espumoso

Se pierde entre el follaje su corriente.

Me gusta ver del monte en la ancha faldá

Arboles mil, mecidos por el viento,

Los que al cimbrar sus copas de esmeralda,

Eshalan dulce y desigual lamento.

Me gusta ver el mar, su seno hinchando,

Y el luchar de sus olas plateadas,

Que en confuso desorden apiñadas

Creten y crecen, sin cesar bramando.

Me gusta verle sereno

Sus hondas levas rizarse,

Si el aura de la mañana

Agita su vasto seno,

Y ver en el rielarse

Las nubes de azul y grana.

Me gusta cuando el sol en el ocaso

Se halla pronto sus rayos á ocultar,

Oír de una campana, allá... al acaso

Su metálico funebre vibrar.

Me gusta en salón mágico

Ballar y mas bailar,

En torbellino rápido

Reír... ¡hasta llorar!

Me gusta verme tétrico

Cansado de vivir

Y luego á lo patético

Llorar... ¡hasta reír!

Me gusta de una niña la inconstancia,

Me gusta de una hermosa la pasión,

Me gusta de una rosa la fragancia

Me gusta de un poeta la ilusión.

Me gusta verme solo, adormecido

Sufriendo de las olas el empuje,

A la par que sonando está en mi oído

Potente voz de vendabal que muge.

Me gustan las ideas

Que alhagan las pasiones,

Forjar solo en mi mente

Doradas ilusiones.

Me gusta del pasado

El velo descubrir,

Me gustan los recuerdos

Su bárbaro sufrir.

Hay sin embargo una cosa que me gusta mucho mas;

Que me gusta mucho mas;

Lectora si eres curiosa

Y mas que curiosa hermosa

Pregúntame y lo sabrás.

ENRIQUE CEBALLOS Y QUINTANA.

## CAROLINA.

LEYENDA ORIGINAL, DEDICADA

á la Excmá. Señora Duquesa de Veraguas.

(Continuacion.)

La modestia, la sencillez y la amabilidad de Carolina, unidas á los atractivos naturales de la juventud, encendieron en el corazón de D. Fernando esa hermosa pasión que lo embellece todo.

Dón Fernando amaba á Carolina no con ese amor vulgar que se confunde con los torpes deseos, sino con ese amor desinteresado, noble, puro y sublime que tiene por base el respetar á la persona amada. Con ese amor, verdadera esencia del sentimiento, que todo lo iguala, todo lo dulcifica y cuya fuerza es tal que olvidándonos de nosotros mismos solo pensamos, solo vivimos para nuestro idolo. Con ese amor que eleva á los hombres y los transforma en poetas, en héroes y hasta en mártires.

Así amaba don Fernando á Carolina, pero le atormentaba la duda de si declarado su amor seria correspondido.

Es preferible el desengano á la duda, pues cuando reina la incertidumbre las esperanzas nacen y se marchitan con tal rapidez que no dejan tiempo para reflexionar y la reflexión es un consuelo.

El pensamiento fijo de D. Fernando era encontrar un medio decoroso para salir de tan angustiada situación.

En esto pensaba cuando entró en su cuarto la condesita y con marcada intención le dijo:

—Querido hermano, vengo á darte una mala noticia.

—Milagro para tí, dijo D. Fernando; pues siempre que mueves la lengua es para hacer dano. ¿Y qué es ello?

—Has de saber que la señorita doña Carolina Pespunte y Dobladillo está gravemente enferma.

—¿Quién lo ha dicho? preguntó D. Fernando sin poderse contener.

—Lo ha dicho la señora doña Juana Achaques y Zalamerias.

—Bueno, déjame en paz, nada me importa.

—¡Ja! ¡ja! Vaya un amante que no se interesa por la salud de su futura.

—He dicho que me dejes en paz.

—Vaya un agradecimiento, despues que faltó á la obediencia, pues mamá me ha encargado que no te lo digera.

—Bueno, bueno, déjame solo.

La condesita salió de la habitación dando carcajadas como una loca.

Triste y pensativo quedó D. Fernando sin saber que hacer ni de quién fiarse para proporcionar á Carolina los recursos tan necesarios en una enfermedad.

Recordó los nombres de todos sus amigos y por último

dió la preferencia á un antiguo amigo de su padre.

Era D. Francisco un general retirado, hombre grave que sacrificaba todas las consideraciones ante el altar del deber, pero que en tratándose de hacer bien no encontraba estorbos ni dificultades. Era visita de la condesa y quería á D. Fernando tanto como á un hijo.

Tal era la persona que habia elegido D. Fernando para que se encargase de proporcionarle á la enferma todo cuanto necesitase.

Para el efecto se presentó en su casa y con la mayor amabilidad y respeto le suplicó se encargase de aquella comisión pues bien conocia que la presencia de un jóven en casa de Carolina podia empañar su reputación.

El general admitió gustoso el encargo de D. Fernando y le dió palabra de visitar á la enferma aquella misma tarde.

Don Fernando contento y satisfecho se despidió del general dándole un millon de gracias.

Don Francisco pasó á visitar á la enferma y tanto esta como su madre quedaron sorprendidas con tan inesperada visita.

—Estrañarán Vds., dijo D. Francisco, que me haya tomado la libertad de visitar á Vds. pero cuando sepan que soy íntimo amigo de la señora Condesa dispensarán ustedes mi atrevimiento.

—Señor, contestó doña Juana, mi humilde choza se honra muchísimo con las visitas de esa señora y todos los que vienen en su nombre son admitidos y respetados como su misma persona.

—Gracias, gracias, dijo D. Francisco, yo lo que deseo es tener ocasion en que probar á Vds. que las estimo y habiendo sabido que Carolina está enferma quiero que me digan Vds. con franqueza en qué puedo ayudarlas; mi edad y mis canas me ponen á cubierto de la murmuración y mis visitas por lo tanto serán frecuentes.

—Por frecuentes que sean, dijo doña Juana, siempre nos parecerán cortas.

—En V. consiste que sean largas.

—¿En mí?

—Justamente. El objeto de estas visitas es proporcionar á V. los recursos necesarios para atender á la enfermedad de Carolina; si V. no me dá pruebas de franqueza y confianza mis visitas son inútiles.

—Haremos lo posible por...

—No hay posible que valga. Los ricos somos administradores de los pobres y tenemos la obligación de socorrer y remediar las desgracias de nuestros hermanos. Por lo tanto no haya reparo en pedir lo que haga falta.

—Gracias, gracias.

—¿Qué gracias? Las gracias despues. Ahí tiene V. esa fianza y ya procuraré venir á tiempo, pero si antes se ofrece algo... vivo... en la calle de Atocha núm. 96, presentando esta targeta no la harán á V. esperar.

Suprima V. las gracias y vamos á otra cosa. Que enfermedad padece Carolina.

—Calenturas.

—¿Y qué dice el médico?

—Que encontraría mejoría llevándola á su país.

—¿De dónde son Vds.

—De Bilbao.

—¿Tienen Vds. allí familia?

—No señor.

—Ya. ¿Su esposo de V. no era del país?

—No señor, dijo doña Juana toda turbada.

—¿Y no disfruta V. pensión ni viudedad?

Esta pregunta acabó de desconcertar á doña Juana y cambiando con Carolina una significativa mirada las lágrimas asomaron en sus ojos.

D. Francisco se apercibió de ello y con mucha amabilidad la dijo:

—Señora, siento en extremo haber sido indiscreto. Mis preguntas han refrescado algunos recuerdos dolorosos, suplico á V. que me dispense y si en cambio puedo proporcionar á V. algun consuelo, hableme V. con franqueza y yo corresponderé á su confianza.

—¡Ah señor! dijo doña Juana profundamente conmovida, no estrañareis que me alija cuando sepais que el padre de Carolina, el que debia ser mi esposo ha sido mas bien nuestro verdugo.

—Vamos, vamos, dijo D. Francisco, no hay que apurarse, cuénteme V. sus penas, para estos casos son los amigos y aun cuando no pueda remediarlas siempre es un desahogo.

—Vuestras bondades nos obligan á contaros nuestras desgracias y seriamos muy ingratas si así no lo hiciéramos.

—Seguramente, pues bien conoce V. que tanto la señora Condesa como yo nos interesámos mucho por vuestro bienestar.

—Pero bien sabe V. que hay penas que no tienen remedio y si he de hablar lo que siente el corazón, lo que es por mí no lo siento, pero al pensar en mi pobre hija se me desgarrá el alma...

—Madre, por Dios! dijo Carolina, no se atormenté V. de ese modo, yo estoy contenta con tenerla á V. á mi lado.

—Si hubiera sabido, dijo D. Francisco, que mi visita iba á proporcionar á V. este mal rato, no hubiera venido.

—Vuestra visita, dijo doña Juana, la estimamos, sobremanera y para daros una prueba de ello, os voy á contar la relacion de mis desgracias. A la edad de trece años ya no tenia padres, vivia en Bilbao en compañía de un hermano que era piloto, teniamos una criada que era la que me acompañaba durante los viajes de mi hermano. Cuando los carlistas sitiaron por tercera vez á Bilbao, fueron tantos los heridos que, llenos los hospitales, los tuvieron que colocar en las casas. A la mía trajeron un capitán con tan pocas esperanzas de vida que creimos no llegaría al día siguiente. Lo mucho que debiamos á nuestros defensores y el carácter amable del herido hizo que nos interesásemos tanto por él, que ni de día ni de noche nos separábamos de su cabecera.

Gracias al acierto de los cirujanos y á nuestro cuidado fué recobrando la salud, y ya en la convalecencia nos habiamos acostumbrado de tal modo á su conversacion que ni él podia estar sin mí, ni yo sin él.

Pasábamos las noches enteras, él pensando como habia de pagar nuestros favores, y yo sintiendo que el decoro de

mi sexo no me permitiese decirle que le amaba.

Adivinó mi pensamiento, me declaró su amor y me dió palabra de que tan pronto como se concluyera la guerra vendría á darme la mano de esposo.

Para no molestar á V. basta decir que Carolina es el fruto de aquel amor, y que el capitán no cumplió su palabra.

—Pero bien, dijo D. Francisco, supo que tenía una hija?

—Si señor, se lo mandé á decir. Ahora verá V. lo que contestó.

Abrió dona Juana el cajoncito de una mesa que había á la cabecera de la cama y despues de breves instantes leyó en voz alta una carta cuyo contenido era el siguiente:

*Juana de mi alma: veo con placer que la divina Providencia bendice nuestro amor, concediendonos una hija para que estreche más los lazos de nuestro cariño. Adjunta es una libranza de 2,000 rs. para atender á los gastos que puedan originarse y si aun es tiempo, deseo que á la niña se le ponga el nombre de Carolina.*

*No puedes figurarte el miedo que tengo á las balas desde que no mando en mi corazón.*

*Quiera el cielo sacarme con bien para tener la dicha de ser tu esposo. Recuerdos á Mari-Pepa y cuídate mucho, pues tu salud es lo que más le interesa á Carlos Sandoval.*

—¡Carlos Sandoval!! dijo D. Francisco arrebatando la carta de manos de dona Juana.

—Si señor, Carlos Sandoval; repitió la madre de Carolina.

—¿Con qué es mi hijo el autor de vuestra desgracia?

—Si señor, dijo dona Juana poniéndose de rodillas, perdonad mi indiscrecion, perdonadme que no fué mi intencion ofenderos.

—Basta, basta, dijo D. Francisco, el cielo sin duda me ha traído para reparar la falta de mi hijo. Basta de lágrimas, desde hoy os reconozco por hijas y no descansaré hasta conseguir que... Carlos... reconozca y repare la ofensa que os ha hecho.

—Dona Juana y Carolina estrechamente abrazadas no sabian qué contestar y D. Francisco con los ojos fijos en aquellas desconsoladas mujeres no sabia que hacer para calmar su afliccion.

Carolina fué la primera que rompió el silencio diciendo á D. Francisco:

—Señor dejadnos solas, necesitamos llorar sin testigos, perdonadnos y si no os arrepentís de habernos llamado hijas vuestras, terminad esta dolorosa entrevista.

—Si Carolina, si, dijo D. Francisco, necesitáis descansar, mañana volveré y para que veais que no me arrepiento de haberos llamado hijas, dadme un abrazo.

Los tres formaron un grupo y permanecieron así hasta que D. Francisco haciendo un esfuerzo y separándose cogió el sombrero y salió de la habitación.

Llegó á su casa, entró en el despacho y escribió una carta que decía así:

*Querido hijo: conozco que teudrás gusto en pasar el Carnaval á mi lado, ven pues, por si es el último y de paso arreglaremos algunos asuntos de familia. Tu padre, que te quiere.—Francisco Sandoval. (Se continuará.)*

MANUEL FERNANDEZ.

## EL CONDE FULBERTO AMAYA.

### LEYENDA TRADICIONAL DEL SIGLO XVI.

#### II.

(Continuacion.)

Carlos V en medio de su grandeza y poderío era esclavo de la vanidad.

Necesitaba de continuo grandeza para vivir, celebridad que disfrutar, brillo con que fascinar y deseos que cumplir.

El mundo entero entusiasmado acató su grandeza; la humanidad humillada, llenó de flores el pedestal de su trono; los soberanos de la tierra le habían llamado Señor.

Todas estas demostraciones que un día le hicieron rebosar de júbilo le arrancaban al presente una dolorosa sonrisa, al considerarlas tan solo como un falso tributo que el miedo concedió al poder.

Pero él se había creído un idolo, y necesitaba adoracion.

Cuando veía caida la máscara halagüeña que cubria á cuantos se le acercaron en sus dias de gloria, y se hallaba entregado á una tristeza desgarradora, se encontró con una mujer.

Esta mujer podía amarle.

Todas las ovaciones y respetos que le prodigara la humanidad tenia que despreciar para entregarse á las emociones de una pasion que principiaba á agitar violentamente su pecho.

Pero esta pasion hallaría eco en un corazón inocente, y sincero.

Aquella criatura angélica guardaba para él aromas inefables que nadie había tenido la dicha de aspirar, hermosura que no había ajado ninguna mano atrevida; afectos que no habían torcido el impetu de las falsías del mundo.

Temprano capullo del eden humano se abría para recibir el rayo del siba del primer amor.

Raudal cerrado hasta entonces por el sello del candor y la pureza, iba á derramar sobre él el dulce rocío que atesoraba su seno.

En una palabra, la jóven que había encontrado en su azaroso camino era el astro radiante que disiparía las tinieblas entre que caminaba el aliento divino que había de animar su combatida existencia.

Por eso creyó amarla desde que la vió en el templo, por eso tenia complacencia en repasar las circunstancias que le habían acercado hasta ella.

Desde que salió de Santa Gúdula no pudo apartar de delante de su vista la imagen de su desconocida, no pareciendo sino que el rayo de su mirada se había gravado en su corazón.

Llegó á palacio y se ocultó en su cámara.

Sus ojos aquella noche se resistieron al sueño.

Un pensamiento risueño y placentero ocupaba y mantenía en actividad todo su ser.

No obstante en su desvelo fué dichoso.

Lejos de él aquellas ideas que siempre le habían robado la calma, su pensamiento era como un justo egoismo que le concedía disfrutar las delicias de un amor oculto por el velo del misterio, amor que entreveía su pensamiento y hasta el cual llegaba en alas de su esperanza.

Se contemplaba al lado de ella, creía oprimirla entre sus brazos; parecía que del encendido coral de sus labios vertía en su apartada vida el amor y placeres de una juventud virgen.

Cuán pesada fué para él la oscuridad, cuánto tiempo no tardó el sol en descubrir su rostro de fuego!

Oh! tenia que verla y el espacio que le separaba de ella era infinito.

Soñaba carrozas en que pasear su hermosura; coronas para su frente; régios lechos para su amor. ¡Todo locura!

¿Quién podría asegurarle si su carroza no sería por fin un rincón escondido; su corona, la línea que pega á nuestra frente la desgracia; su lecho un raudal de lágrimas?

Carlos V, sin embargo, se prometía con ella una eterna felicidad.

Llegó la hora del crepúsculo, y se dirigió á la iglesia, en donde halló á la sublime criatura que era para él mas hermosa que una emanación celeste.

Al salir se encontraron sus miradas, y los dos temblaron. Una fuerza irresistible los unía y fué horrible la lucha que sostuvo el rey antes de huir de su presencia; huir como un loco y como un hombre consumido por voraces llamas.

Varias veces la vió despues de aquella noche. Nunca osó pronunciar una palabra del amor que le abrazaba.

En sus ojos se reflejaba el volcan que se deshacía en su pecho, y las miradas profundas que ella le dirigía, le revelaron el entusiasmo con que acogía su pasión.

Todas las tardes iba veía á la salida del templo.

El semblante de aquella religiosa y apasionada mujer, le hizo comprender que sus miradas profanaban el templo santo, y que aquel amor fatal le cerraba las puertas del santuario.

En cambio esperaba su salida, y la seguía en mudo silencio hasta los arrabales en que habitaba.

Mientras tanto crecía su amor, y dominado por un vértigo infernal, en estando solo, constantemente se estraviaba.

Creía no haber sentido en el mundo tanto amor por otra criatura.

Pretendia muchas veces disculparse á sí mismo, con el secreto providencial de nuestro destino.

—Quien sabe—decía á solas—si el cielo nos ha reunido, y se complace en el amor inmenso que encierra mi pecho?

Pero entonces se acordaba de su nombre, y reía amargamente.

Era rey.

Otro cualquiera hubiera podido conceder un talamo á esta hermosa jóven; él solo podía prestarle infamia.

A pesar de estas reflexiones, un impulso satánico le llevaba hacia ella.

Una tarde se le acercó, y la dijo temblando:

—Señorita, tengo necesidad de hablaros no momento. La jóven toda temblorosa se atrevió á contestarle:

—¡Oh! dejadme... soy sola en el mundo y mi retiro debe ser sagrado.

Carlos V la interrumpió, diciéndola:

—Por mi nombre os juro que nada podeis temer.

Entonces le dijo con voz dulce, con el acento del candor y la inocencia:

—Entrad.

Y penetraron en una salita, iluminada por una lámpara de cobre.

Nada mas pobre y sencillo que aquella pieza, cuyo excesivo lujo consistía en el aseo que se notaba hasta en el mas insignificante objeto.

Todos sus adornos y mueblaje estaban reducidos á una mesa de pino tallada grotescamente; y cubierta con un tapete de paño azul; algunas sillas de aya con asientos de juncos, dos cuadros que representaban personas de la familia, con algunas estampas de misterios del cristianismo.

Unas cortinillas de algodón de colores, medio ocultaban la

entrada del lecho virginal de aquella célica figura caída á la tierra.

Carlos V se saturó de fuego ante aquel templo de amor y de virtud.

¿Quién no ha sentido alguna vez inundarse en los raudales de la inspiración? Carlos V, el hombre sediento de poderes materiales, se embriagó por un instante con el divino néctar del sentimiento.

Allí pudo apreciar en todo su esplendor la ventura que proporcionaba un pequeño recinto, si le llena el amor.

Hubiera brotado una lágrima de admiración hacia el ser inocente que escondido en el olvido, era feliz con tan poco, si no le dominaran todavía sus insaciables deseos, que venían entonces á envenenar su dicha.

Quiso huir de allí como un malvado.

Pero había solicitado una revelación, y debía hacerla, por lo que se desplomó en una silla como un insensato.

Fué á hablar, y su lengua enmudeció.

Al mirarla de cerca, le pareció hallarla en el apogeo de su belleza.

La luz de la lámpara hería su rostro, y parecía descomponerse en raudales de plata, robados á la blancura de su diáfana tez.

Era alta y esbelta, como la tierna palma de la Arabia, columbrándose en el seno de la apacible brisa de la noche. El perfil de su rostro recordaba las mujeres griegas. Sus cabellos de azabache besaban dulcemente un cuello de garza, apilados en rizos suaves como la seda rizada. Su frente pura semejaba la corola de la Margarita. Sus ojos eran dos negros luceros semivielados por largas pestañas que brillaban con un fuego mágico, como el de las hadas, y recordaban los de las mujeres orientales. Sus mejillas tenían semejanza con la uacar mas bruñida. Sus labios proyectaban un coral partido, en cuyo centro se escondían diminutas perlas. Era en fin, una Virgen de Rafael, llena de pureza, animación y vida.

Un vestido de lana negra escondía pudicamente sus amorosas formas de las miradas atrevidas.

El ámbur de la castidad se evaporaba en su derredor y su pureza le prestaba un brillo que fascinaba.

Era imposible mirarla de frente sin quedarse ciego, como el apóstol ante el radiante torbellino del Apocalipsis.

Carlos V cerró los ojos ofuscado.

Cuando volvió á mirarla le prodigaba una sonrisa inefable.

¡Oh! Entonces la creyó un ángel desprendido del azul de los cielos á una pobre estancia de la tierra.

Su severo traje negro hacia resaltar doblemente la diáfana blancura de su tez, y describía sus bien delineados contornos á través de sus flotantes y ligeras ondulaciones.

Todo le caía maravillosamente, todo hasta su misma pobreza.

Ella no podía ocultar el efecto que producía en su mente el delirio del rey.

Al través de su frente se descubría la alegría de su alma hermosa como un relámpago de la luz increada; del mismo modo que la clara linfa de los rios, estereotipa en sus bruidos érfatales la dorada arepa de sus senos.

Por fin prodigó una mirada indefinible al Carlos V, y le dijo:

—Dijisteis caballero, que queriais hablarme?

—Sí,—la contestó maquinalmente, y esforzándose por encontrar una salida—en vuestro rostro creí leer una historia de lágrimas, y no sé que fuerza irresistible me impulsa á ofreceros un apoyo, un consuelo.

En vano quiso ocultar su amor.

La joven todo la había conocido, y bajo la vista ruborizada.

(Se continuará.)

Gezcondo HERRERA.

CRONICA NACIONAL Y ESTRANGERA

El País diario parisien se publica estas líneas, que están en desacuerdo con otras que han dado á luz aquí los órganos del Gobierno.

Nos escriben de Londres que después de haberse celebrado un Consejo de ministros, el conde de Russell tuvo una entrevista con el representante del Gobierno español, en la cual le expresó su vivo pesar por el desacuerdo que había estallado en Méjico entre los representantes de las tres Potencias, y le aseguró que no le faltaría á la Francia el concurso de la Inglaterra, si llegase á juzgarse necesario, para el objeto que aquella quería alcanzar. La cuestión para la Gran Bretaña, añadió lord Russell es poner todo de su parte para evitar todo el concurso de la Francia en las eventualidades que pueden surgir respecto á los Estados Unidos de América.

—Leemos en La Correspondencia:

Se ha dicho que se estaba arreglada la cuestión pendiente entre Inglaterra y España por una parte, y Francia por la otra sobre la interpretación dada al tratado de Londres, separándose nuestra nación y la Gran Bretaña de los compromisos contraídos en dicho tratado, y conservando su libertad de acción para el porvenir en la cuestión de Méjico, y encargándose exclusivamente de Francia de intervenir en aquella República, sin embarazar á ninguna por parte de sus antiguos aliados; pero esta noticia se nos figura si no falsa, muy prematura.

En una correspondencia de París que publica el Diario de Barcelona, leemos las siguientes notables líneas, en las que se da á conocer la conducta que se atribuye al Emperador Napoleón respecto de la complicada cuestión de Méjico.

Ante todo (dice el correspondiente del Diario), se sigue diciendo que el Emperador está decidido á enviar refuerzos á Méjico; y lo está tanto mas, en cuanto ha salido que el presidente Lincoln ha proporcionado á Juárez armas y dinero. A consecuencia de este hecho, se añade que Napoleón III ha dado orden al almirante de Jurién de La Graviere para bloquear la costa Norte de Méjico. En su consecuencia, luego que se haya reunido el campamento de Chalons, el mariscal Canrobert, que tiene confiado el mando del mismo, recibirá el encargo de organizar un nuevo cuerpo de tropas que saldrá inmediatamente para Méjico: parece que la mayor parte de estas decisiones han sido tomadas á consecuencia de noticias comunicadas al Emperador por el general Aimonté, en Orizaba, y con fecha 20 de abril, sobre el estado actual de Méjico.

Sin embargo, salvo error, repito que no creo que sean esas las verdaderas intenciones del Gobierno francés. Al contrario, mas parece que trata de atraer hacia sus ideas á España é Inglaterra para salir dignamente de esto lo en que se ha metido. Esta tarde se ha dicho que el Emperador ha escrito directamente á la Reina Isabel para tratar de hacerla variar de ideas con respecto á la cuestión de Méjico, y que espera conseguirla; añádase que los ingleses pudieran ser tambien que se los atrajesen, y que El Constitucional en su número de mañana empezará á trabajar en este sentido.

Marsella 27. Dícese de Atenas que el presidente del Consejo de ministros abrió las Cámaras en nombre del rey, y presentó un proyecto de ley de Guardia nacional calcado sobre la ley italiana, anunciando otra ley de elecciones basada sobre el sufragio universal.

La manifestación garibaldina de Nápoles fué dirigida solo contra el ministerio. La Guardia nacional obró con energía.

En Salerno hubo otra manifestación de los patriotas exaltados; los guardias nacionales y varios religiosos tomaron parte en ella. La amnistía política ha sido aplazada.

Segun cartas de Roma, en la alocución que pronunció el Papa en el consistorio, exhortó á los preladós, á que rogasen por la conversión de los sacerdotes italianos y de un obispo napolitano.

El duque de Belluna ha comunicado una nota al Santo Padre,

en la que se dice que Su Santidad debe tener confianza; pues el gobierno francés no se apartará de la línea política indicada en el discurso del mariscal Billeui.

París 27. El ministerio ha hecho dimisión, que se espera será aceptada. Los embajadores de Austria y Baviera han aconsejado esta determinación para quitar á Prusia todo pretexto para continuar sus preparativos de agresión.

Londres 27. Dice el Express que el cónsul español de Southampton ha recibido aviso de que el general Prim viene en el vapor Mala de las Indias Orientales, y que debe llegar el 28 ó 29.

Turin 27. La justicia ha cogido documentos importantes en las oficinas de la sociedad emancipadora de Génova. Se han hecho prisiones en Florencia, donde la autoridad ha descubierto 44 cajas de armas de fuego.

Se anuncia la destrucción de la principal banda de reaccionarios napolitanos.

Berlin 27. El ministro de Hacienda ha presentado á la cámara de diputados el tratado de comercio con Francia.

Los tumultos de las provincias del Norte de Portugal continúan sofocados por el momento en algunos puntos, estallan de nuevo y con mayor fuerza. Los periódicos del Miño vienen relatando tristes acontecimientos, cuyo alcance no es fácil prever ya. Lo que era resistencia contra el aumento de tributos y contra los nuevos peses y medidas, se ha convertido en una sublevación que se atreve á hacer frente á la tropa regular y á batirse con ella durante horas enteras. Los últimos sucesos de Amares, Terras de Bouro y Vilhis de Veige demuestran bien claramente que no sean exagerados los sucesos que se manifestaban. Sin embargo, el gobierno pone de su parte todos cuantos medios se hallan á su alcance para sofocar la rebelión, y sus órganos en la prensa se honsejan de que lo conseguirá.

Entre tanto, véase lo que escriben de Braga:

Después de los sucesos y medio de la tarde de hoy hasta las nueve de la noche, hubo fuego entre el regimiento infantería número 10 y el pueblo en Amares; no sé si hay que lamentar alguna desgracia. Se sabe que el pueblo se retiró á los montes.

Por la parte de Guimarães ha continuado hoy el toque á rebato; el pueblo se reunió con el intento de entrar en la población y desarmar á la tropa.

La agitación aumenta, los ánimos están desasosegados; ¿á dónde irá esto á parar?

El Bracarense recibió tambien la siguiente correspondencia de Amares:

Los amotinados están reunidos en diferentes puntos; se espera á los de Terra de Bouro. Se toca á rebato en todas las feligresías desde lo alto da Ribeira d'Homem hasta Prado y Parada. Está próximo á llegar el regimiento de infantería núm. 10, y el populacho abraja proyectos sinistros respecto á su recibimiento.

La fuerza de los regimientos números 5 y 9 va á marchar. Los soldados del 10 vienen esropeados y desesperados contra quien los manda marchar y contramarchar continuamente.

El mismo efecto, apenas acababa de escribir las líneas anteriores, se rompió el fuego en la feligresía de San Juan del Rey contra el regimiento núm. 10, que acababa de llegar allí. Los pobres soldados, fatigados de la marcha, difícilmente podían responder al fuego vivo de los paisanos, que los persiguieron hasta la noche, presentándoseles de frente en algunas partes. La tropa se reconcentró en Feira Nova, rehusando acuartelarse en las feligresías.

De Chaves escriben al mismo periódico con fecha 18:

Se han repetido hoy los tumultos con mas seriedad. En el primero fueron heridas á bayonetazos mas de 50 personas; y el desagravio ha sido un segundo tumulto.

Por último, segun cartas de Braga, fecha del 22, la tropa se hallaba acorralada en el convento de Bouro, cercada por todas partes del pueblo y oyéndose un vivo tiroten.

Propietari y editor responsable: — D. José Morales y Rodríguez.

Imprenta de D. José Morales y Rodríguez, Caballero de Grecia, 15.